

México, y en las que el P. Sahagun y Clavijero están conformes. Este poema no es una fábula, como ni este un hecho aislado: es una parte de aquel todo con quien está íntimamente conecionado. No creo que me engañaría si dijera, que uno de los principales motivos que el gobierno español tuvo para ocultar de la vista de toda la nacion esta obra, es este mismo suceso del que no se hace mencion en la historia de la conquista del P. Sahagun que imprimí, y copió fielmente el señor coronel de arilleria D. Diego Garcia Pannes, copiada de la que le franqueó el cosmógrafo D. Juan Bautista Muñoz como consta de su atestacion, hecha en Madrid en 25 de Octubre de 1793.

Tengo, pues, para mí, que es verdadera la relacion del P. Sahagun, y muy propia del carácter de Cortés, y miroeste documento como una pieza del terrible proceso y juicio que Dios habrá hecho al conquistador por la sangre mexicana que por su causa derramó, y que pide venganza á su eterna justicia.

CAPITULO XXXII.

De como los españoles partieron con los bergantines de Acachinnco, y desbarataron todas las canoas que vinieron contra ellos por la laguna.

DESQUE el capitan D. Hernando Cortés hubo acabado de hablar á los mexicanos, y ellos aceptaron la guerra confiando en la victoria pasada, luego se volvió á su gente, y tocaron los atambores y pifanos, y desplegaron las banderas para comenzar la batalla, y ir muy poco á poco hácia la ciudad. Entonces todas las canoas de pelea de los mexicanos movieron contra los bergantines, y comenzaron á pelear los unos contra los otros, y en breve tiempo desbarataron todas las canoas, y mu-

chas dellas se anegaron, y se ahogaron en ellas muchos de los mexicanos: otras huyeron y no osaron hacer mas guerra á los bergantines. Viendo los españoles que ya no tenian que hacer por el agua contra las canoas, fuéronse derechos á tierra para combatir las casas y los caminos donde habia gran muchedumbre de gente de los mexicanos guardando los caminos, y defendiendo las albarradas que habian hecho, á los cuales los de los bergantines con el artilleria ojearon, y mataron muchos dellos, y derrocaron las albarradas. Viendo los mexicanos el daño que hacian en ellos con el artilleria, muchos se escondieron detras de las albarradas y no osaban parecer, y otros huian, de manera que quedaron los caminos todos barridos de gente. Como la gente popular que estaba á la mira, vieron el daño que hicieron los bergantines por agua y por tierra, comenzaron á huir para salvar á sus personas, y á sus hijos, y mugeres, sin llevar ninguna cosa de sus haciendas. Los indios amigos de los españoles comenzaron á robar por todas aquellas casas; así como vieron los mexicanos el daño que se hacia con los bergantines por el agua, comenzaron con gran prisa á cerrar los caminos del agua para que no pudiesen entrar por entre las casas, los españoles como vieron cerrados los caminos y allanada la tierra, comenzó á entrar la gente de á caballo por la ciudad, y la gente de á pie iba derrocando las casas, y haciendo camino á los de á caballo, y los mexicanos comenzaron á huir á lo interior de la ciudad. Algunos de los tlatilulcanos se acogieron á las casas de Mochtezoma, que se llamaban *Quauhquiaoc*. Tenia este nombre aquella casa, porque delante de la portada de la casa estaban dos águilas grandes, labradas de piedra (*), y así se llamaba la casa *de las águilas*. De allí salieron contra los de á caballo, y uno de á caballo dió una lanzada á un tlatilulcano que le pasó de parte á parte, y sacó la lanza: en esto pasó el caballo, y él alargó la lanza hácia atras por que no la pudo sacar de presto: en esto arremetieron

(*) Ecsisten sus fragmentos en el museo de la Universidad con otras piezas, como la tortuga sobre que cayó el cadáver desnudo del monarca Mochtezoma.

otros tlatilulcanos, y asieron de la lanza, y él por no dejar la lanza, saltó del caballo y cayó en tierra, y allí le achocaron los tlatilulcanos (*). Visto esto los españoles, arremetieron de presto á favorecer aquel que habia caído del caballo á la puerta de aquella casa que se llama *Quauhquioac*, de donde habian salido los tlatilulcanos, y allí se escondieron tras unas columnas que allí estaban levantadas para algun edificio que se hacia. Estaban estas columnas cuatro de una parte y otras cuatro de la otra, de manera que eran ocho, y como vieron á los españoles, huyeron, y tambien los que estaban sobre los tlapancos dieron á huir. Los españoles sacaron de los bergantines una pieza gruesa de artilleria, y pusieronla en un carretón para aprovecharse de ella contra los enemigos. Estaban algunos mexicanos sobre el Cú de *Vitzilopuchtili*, como quien está en una torre, fortalecidos y tocando su atambor ó *teponaxtili*. Subieron luego dos españoles, y comenzaron á herir con ellos, y echáronlos del Cú abajo, y no quedó nadie. En este tiempo llegaron las canoas y los que en ellas venian (que eran valientes soldados) y otros hombres valientes, que ellos llaman *quaquachicti*, dejaron las canoas á los remeros, y acudieron á pelear contra los españoles: los que iban viéndose delante de los españoles dieron voces á los que venian de refresco por detras de los españoles, llamándolos que se diesen prisa. Como vieron los españoles que por detras les daban guerra, y los de adelante volvian contra ellos, halláronse en medio de los enemigos, y acosados por detras y por delante, y así los españoles de á caballo volvieron la rienda y rompieron por la parte de atrás, y pasaron huyendo por medio de los enemigos: ellos alanceaban á los que por delante se les ofrecian, y los enemigos de una parte y de otra del camino les echaban dardos, y saetas, y piedras; así huyendo se recogieron los españoles á donde tenian asentado su real, que se llama

(*) Este pasage, segun tradicion, sucedió en la calle del Indio triste junto á la casa de *Mochtezuma*, y perpetuaron su memoria, erigiendo una estatua que representaba á un indio setando en actitud triste, de donde tomó el nombre: la he visto en el museo de la Universidad.

ma *Xoloco*, que es cave el matadero, y cave las casas de Alvarado (*), y los de los bergantines se tornaron adonde tenian su real, que se llama *Acachinanco*. Perdieron entonces los españoles el tiro grueso que habian sacado de los bergantines, porque se los tomaron los enemigos al tiempo que huían.

NOTA DEL EDITOR.

Consiguiente al desafio ó intimacion de la guerra que Cortés hizo á Quauhtimotzin, y este aceptó con la dignidad y decoro de un monarca, se rompieron las hostilidades y se dió la batalla naval que era imposible ganaran los mexicanos por la desigualdad de sus armas con las españolas. Entiendo que la relacion de Gomara y otros, es incompatible con la del P. Sahagun, pues la del primero supone que precedió un ataque de Cortés sobre México, y la del segundo, que despues de hecha la intimacion, que le salió infructuosa á Cortés, se hizo el rompimiento, comenzando por el ataque de las canoas por los bergantines, el cual casi al momento que comenzó concluyó, pues sobreviniendo un viento terral inesperado, tomaron los españoles el barlovento sobre los mexicanos, y con él, el humo que daba sobre estos y la gran ventaja de la artilleria y mosquetes sobre las flechas, muy luego echaron á pique gran número de canoas, y causaron tan horrible estrago, que la laguna quedó teñida de sangre como años antes lo habia sido en la famosa batalla de Poyauhtlan. Todo pudo suceder muy bien, es decir, el ataque de las canoas y el de las inmediaciones de la ciudad por tierra, puesto que las divisiones españolas estaban situadas en disposicion de obrar simultáneamente.

(*) Es decir, por la plazuela y pulqueria que hoy llaman del *Arbol*, por el barrio de S. Antonio Abad, donde aun se llaman casas de Alvarado, y se presentan paredes de piedras cuadradas de fábrica antigua.

Este triunfo proporcionó muchas ventajas á los españoles, puede llamársele (como dice Gomara) la llave de aquella guerra, porque quedaron señores de la laguna, acorralaron á los mexicanos, y los precisaron á defenderse dentro de la ciudad. A esta sazón, viendo Alvarado y Cristóbal de Olid el estrago que hacia Cortés con los bergantines, entraron en la calzada, tomaron algunos puentes y albarradas que se defendieron vigorosamente. Cortés pasó á la calzada de Iztapalapa con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas, es decir, la fortificación de Xoloco donde está la iglesia de S. Antonio Abad, que ganó con mucho trabajo, pues se defendían muy bien: asestó la artillería sobre la calzada que hizo gran daño, porque estaba llena de gente, y mayor hubiera sido si no se hubiera volado un repuesto de pólvora que luego hizo Cortés reponer del campo de Sandoval, situado en Coyoacan, por cincuenta españoles que la trajeron. Esta distribución de las fuerzas, y el ataque dado en este día á Xoloco, parece el más oportuno para que asegurase el campamento de Acachinanco, que no lo habría estado quedando las posiciones enemigas á la vista, é inmediatas.

La primera operación que practicaron Alvarado y Olid dirigiéndose hácia Tacuba, fué pasar á romper el acueducto de Chapultepec para quitar el agua á los mexicanos. Tan importante empresa no pudieron ejecutar sin gran resistencia de estos, pues previendo esta medida militar, habían hecho muchos preparativos por agua y tierra; apesar de ellos fueron vencidos, y los tlaxcaltecas les hicieron siete ú ocho prisioneros, y mataron veinte hombres. Quisieron despues Alvarado y Olid apoderarse de algun foso; pero les cargó tanta multitud de mexicanos y lanzaron tantos dardos sobre los españoles, que mataron ocho de estos, é hirieron más de cincuenta, retirándose con gran dificultad á Tacuba, á donde llegaron avergonzados. (Tales son las espresiones del P. Clavijero.)

CAPITULO XXXIII.

De como la gente popular mexicana de miedo de la guerra, desampararon su pueblo y huyeron á los montes, y otros pasaron al Tlatilulco.

Los indios de Tenochtitla (México), como vieron lo que pasaba en la guerra de los españoles por agua y por tierra, muchos dellos acogiéronse al Tlatilulco con sus haciendas, porque allí pensaban de estar más seguros, por vía de la gente que es más belicosa que los defendiera, y por vía del sitio ser más fuerte para defenderse. Entraron en el Tlatilulco los hombres y las mugeres de Tenochtitla con gran llanto y con muchas lágrimas, así de los hombres como de las mugeres y niños que llevaban consigo á cuestas. Los tlatilulcanos los recibieron de muy buena voluntad en su pueblo, y los albergaron y acariciaron, y les consolaron de palabra, diciendo: que ellos morirían por su defensa, que no tuviesen miedo ninguno, y así se partieron muchos de la gente de guerra de Tlatilulco, y se fueron á Tenochtitla á pelear contra los españoles. D. Pedro de Alvarado movió su gente de donde estaba alojado, y vino contra los tlatilulcanos, á los cuales halló muy bien aparejados, y todos puestos á punto de guerra contra él. Comenzaron á pelear los unos con los otros reciamente, así por agua como por tierra, y pelearon todo aquel día sin poder hacer volver atrás á los tlatilulcanos de la raya de su sitio. D. Pedro de Alvarado con los suyos, allá hácia la noche, se volvieron á sus tiendas bien cansados de pelear todo el día, y descontentos de que no pudieron hacer mella ninguna en los tlatilulcanos. El día siguiente no volvieron á la pelea los españoles ni sus amigos; entraron en consejo de lo que habían de hacer al día siguiente para tornar á la pelea: determinaron para otro día de llevar cinco bergantines de armada, y así lo hicieron, y pusieronlos en un lugar de agua, que se llama Nonoalco,

donde está ahora una iglesia de S. Miguel, para pelear contra los enemigos (*). El día siguiente, despues que hicieron su junta para determinar lo que se habia de hacer, metieron los cinco bergantines en aquel barrio de Nonoalco armados y llenos de españoles á punto de guerra todos, y salieron al campo con pensamiento que luego saldrian los tlatilulcanos á pelear con ellos, y nadie salió contra ellos, todos estuvieron quedos en su orden. En esta sazón salió un indio valiente (parecia otro Goliath) con su rodela y con su cota de algodón, y tres piedras valientes, una en la mano derecha y otras dos en la manija de la rodela, y arremetió hácia los españoles, y tiró las piedras que llevaba, y con ellas derrocó dos ó tres españoles; los demas viendo las fuerzas y tiros que hizo aquel indio, retrujeronse hácia los bergantines, entrándose por el agua adelante, porque la otra gente acudió sobre ellos, y bien mojados metiéronse en los bergantines los españoles. Este indio, el cual se llamaba *Tzilacatzin*, iba en traje de otomite, de la

(*) *Todavía ecsiste, y la garita de Nonoalco, punto que en 1821 se fortificó con parapetos. El lugar donde estuvieron los bergantines está sembrado de maiz y cebada, es punto de vista bellissimo por la hermosa ribera de San Cosme, Chapultepec, Tacubaya y Alameda. Veense bosques de olivares y fresnos en gran cópia desde la alameda. El suelo de Santiago Tlatelolco, y toda la campiña de Ntra. Sra. de los Angeles, está sembrado de fragmentos, no solo de flechas de Obsidiana, sino de navajones gruesos y filosos, y aun yo tengo regatones de aquella clase de espadas que terminan en punta, y están istriadas, cuya herida era incurable. Conócese que en aquel campo se dieron acciones reñidísimas, por estos restos. El viajador curioso y sensible no puede ver aquellos objetos sin enternecerse; sobre todo, si fija la vista en el puente del Clérigo donde fué hecho prisionero Quauhtimotzin. La vista de Santiago es hoy muy triste, porque está rodeado de fábricas y mogotes de saltierra, que allí se elabora. Muchas veces me he presentado en aquel lugar, y me parecia ver al bendito P. Sahagun reconociéndolo cuidadosamente, para dejarnos estos preciosos apuntamientos, ó que le oía esponer algun pasage del Evangelio, de los muchos que comentó con un zelo apostólico para instruir á los neófitos. . . ¡Ah! los sábios, los virtuosos jamás mueren, ecsisten, y son acatados en todas edades. Cien veces he besado la firma de Fray Bernardino Sahagun, con que concluye el manuscrito autógrafa que cópio; lo he estrechado contra mi corazón, y pedido al cielo que en la mansión de los justos me deje conocer á este genio bienhechor. Su retrato está copiado en la Academia, y preside el Museo mexicano.*

manera que los otomíes se cortan los cabellos y se arman en la guerra, y que arremeten á los enemigos sin tener temor á ninguno. Como atontados los indios amigos de los españoles mostraron haberse espantado dél, y procuraron de matarle con los arcabuces, ó con saetas, y de esta vez escapóse que no le pudieron hacer daño ninguno. Esta vez comenzaron los tlatilulcanos á pelear con los españoles ya que el indio no pareció mas allí, y en las otras escaramuzas que tuvieron aquel indio *Tzilacatzin* salia disfrazado, una vez de una manera, y otra vez de otra; de manera que sin conocerle hacia daños en los amigos, y los españoles no caían en él para tirarle. Otro día adelante tornaron los españoles con los bergantines á escaramuzear con los tlatilulcanos, y abordaron los bergantines cerca de las casas para saltar en tierra sin mojarse, y por tierra vinieron muchos tlaxcaltecas y otros amigos de los españoles, y comenzaron de pelear con los tlatilulcanos por el agua y por tierra. Aquí murieron de ambas partes cantidad de indios; pelearon un día entero hasta la noche. Aquí parecieron otros dos indios, valientes tlatilulcanos, que sin ningun temor se arrojaban contra los enemigos, y los herian y derrocaban. El uno dellos se llamaba *Tzoyetzin*, y el otro se llamaba *Temuctzi*; habiendo peleado todo este día, los españoles se recogieron á su real, y los amigos tlaxcaltecas y otros se fueron tras ellos.

NOTA DEL EDITOR.

Otra vez se ha dicho que el objeto principal de la invasion de México, á mas de la capital, fué la invasion de Iztapalapa, ciudad que mandó reducir á cenizas Cortés por medio de Sandoval, y que por poco no deja ni los cimientos de ella, el cual tuvo su quebranto en el camino, pero logró derrotar á los mexicanos. Noticioso Cortés de su marcha, y de un gran foso nuevamente abierto en el camino, le

mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La división de Sandoval se dirigió á Coyoacan, y él en persona pasó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, (dice Clavijero) estaban los españoles peleando con los mexicanos, mas el cansancio del viaje y de la acción de Mexicalcingo, no fueron parte á impedirle el que la tomase en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor, y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los mexicanos no eran comparables con la pérdida que sufrieron aquel dia, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos dias no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual, los españoles pasaron seis en continuos reencuentros, pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad pegando fuego á muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo por el cual podian entrar y salir fácilmente en México, circunstancia de que despues sacaron importantes ventajas.

Alvarado por su parte apretaba cuanto podia á los mexicanos apoderándose en frecuentes refriegas de algunas trincheras y fosos en el camino de Tacuba; tuvo en estas peleas algunos muertos y muchos heridos. Observó que por Tepeaquilla (hoy Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe al Norte) se introducian continuamente socorros á la ciudad, y que por allí podrian evacuarla en caso apurado: hizo así presente á Cortés, quien mandó á Sandoval con ciento diez y ocho infantes y gran número de aliados á ocupar aquel punto y cortar toda comunicacion con los enemigos. Desde entonces ya no la hubo entre México y tierra firme. En este estado determinó Cortés entrar al dia siguiente en la ciudad con mas de quinientos españoles, y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de estos con alguna caballeria en su real. Sandoval y Alvarado debian entrar al mismo tiempo cada uno por su camino con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hom-

bres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso y bien ordenado ejército, y flanqueado por los bergantines, y á poca distancia halló un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez piés de ancho. Opusieron valerosamente los mexicanos á su paso; mas rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad donde los detuvo otro foso, y otra trinchera. El impetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron á su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo finalmente echado de la trinchera á los que la ocupaban con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército, y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó á la entrada, no se atrevian los españoles á acometerla; hasta que el mismo general echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y dió ánimo. Amedrentados los mexicanos con tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, y en él fueron perseguidos y atacados; pero de improviso lo fueron los españoles á retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje ni dentro del templo ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habian entrado, dejando el cañon abandonado. A su retirada, los españoles dieron fuego á las mayores y mas hermosas casas del camino de Ixtapalapa, aunque no sin gravísimo peligro, por el impetu con que los mexicanos los atacaban á retaguardia, y daño que les hacian desde las azoteas.

El P. Clavijero pondera lo mismo que el P. Sahagun las proezas del valiente tlátelulcano Tzilacatzin; y siendo cierto que la destreza con que abatió á los españoles echando á tierra á uno con cada piedra que les tiraba, los hizo

reembarcar en los bergantines, poniendo en confusion y brieda á los indios auxiliares; es menester decir, sin nota de exageracion, que un solo indio puso miedo á un ejército apoyado en un cuadro de españoles acostumbrados á vencer y con armas de superior calidad y ventajas. A este si puede aplicársele el dicho de Solis, hablando del valor que mostraron los castellanos en la batalla de Otumba. . . . "Ni daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe."

CAPITULO XXXIV.

De como los chinampanecas venieron á ayudar á los mexicanos: conviene á saber, los de Xuchimilco, y los de Cuicllaóac (*), y los de Iztapalapa de mala (†).

Los indios de la laguna, que se llamaban chinampanecas, conviene á saber, los xóchimilcanos, los de Cuicllaóac (†) y los de Iztapalapa conyecturaron, que si fuesen á ayudar á los mexicanos en aquella necesidad, podrian aprovecharse mucho de lo que robasen, y de los esclavos que captivasen; y así se juntaron los principales destes pueblos, y se ofrecieron al señor de México y á los principales del Tlaltilulco que querian ayudarles por sacarles de aquella necesidad que tenian. Habiendo oido este ofrecimiento el señor de México y los principales del Tlaltilulco, hicieronles gracias por tan buen comedimiento, y luego les dieron dones en señal de amistad, y dijéronles: "Señores nuestros, y amigos nuestros, pues que así quereis hacernos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os mandará el maese de campo, y pelead varonilmente." Lue-

(*) Cuicllaóac, hoy se llama Tlahua.

(†) Se suple fé, que falta en el texto autógrafa.

(*) Hoy se ocupan los de este pueblo en pescar pescado blanco y se coje de gran tamaño.

go los llevaron donde habian de estar. Puestos que fueron en su plaza comenzaron á dar grita y á pelear contra los enemigos de los mexicanos, y los xóchimilcanos comenzaron á hacer lo mismo peleando desde las canoas, y luego comenzaron á robar á la gente mexicana que estaba en sus casas guardando sus haciendas, y sus hijos y mugeres, y á los que se defendian los mataban, y á las mugeres, hijos é hijas captivaban, y los maniataban y ponian en sus canoas para llevarlos á sus casas. Los mexicanos que vieron lo que pasaba, dieron voces, en especial los capitanes para que se advirtiese en la traicion que hacian los chinampanecas. Oidas estas voces, los que peleaban por el agua de los mexicanos, y los del Tlaltilulco que tambien peleaban por el agua en el barrio de *Nonoalco*, acudieron todos en las canoas, y comenzaron á matar á los xóchimilcanos y á los otros chinampanecas, y captivaron muchos dellos, y los sacrificaron á sus dioses, y les quitaron la presa de gente que tenian aligados y atados en sus canoas, y todo el otro robo que habian hecho. Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogieron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros (*), y esperaban que el negocio fuese mas adelante por descansar y repararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen. Los mexicanos captivaron á muchos de los chinampanecas, y lleváronlos á presentar al señor de México y de *Cuicllaóac* que estaban juntos en *Xacaculco*, (que ahora se llama Santa Ana). Aquellos que eran vasallos del señor de *Cuicllaóac*, que se llamaba *Mazeoatzi*, saludaron á su señor, y él los reprendió mucho de la traicion que habian hecho, y el señor de México habló al de *Cuicllaóac* para que muriesen aquellos traidores, y luego el señor de *Cuicllaóac* cortó las cabezas á cuatro de aquellos capitanes suyos, y dió al señor de México otras cuatro para que los matase por su mano, y mandaron que los demas captivos, que eran muchos, los

(*) Divide y mandarás, esta sin duda fué maniobra de ellos.